

TODAS LAS ALMAS

XV EXALTACIÓN DE LA JUVENTUD DEL
MARTES SANTO

Manuel Lamprea Ramírez

16/11/2019

I. Alma viajera

Primero te creías tú solamente. En esa soledad hermosa del pensamiento, en el silencio sin zumbidos de los días, de las noches. Creías que era para ti nada más. Y que tú eras ella misma. En cada calle, en cada estrella, en cada luz. Sin embargo, conforme presentías en tu interior el calor de lo inefable, la cercanía de su explosión, te veías reducido a tu propia burbuja de olores, de colores y de instantes. Tan insignificante, tan lejano. Tan impropio.

Después, conforme el tiempo te cercaba sin remedio y la ciudad gestaba embriones de ilusión y destellos de gozo, empezaste a aclarar los ojos y a atinar tímidamente los sentidos. Esa cámara de luz opaca que retenía tu propio espíritu se deshacía, con los primeros soles, en cristales de rocíos primaverales. Los balcones estallaban en colores que parecías no haber visto nunca y tu retina se retiraba herida hacia el consuelo del celeste. El asfalto, duro y triste, empezaba a calentar tus pisadas y, en la palma de tu mano caían apenas sin altura las flores lácteas de tu nueva adolescencia. Y las querías todas para ti. Querías todos esos dientes suavísimos mudados del naranjo para tu propia felicidad. Para que no se te escapase nada. Para aferrarte al milagro. Para consumirlo egoístamente.

Pero al llegar el día definitivo, el día en que todo es necesario, explotó esa cápsula que te parecía impenetrable. Y viste que había más. Otras manos, otras huellas, otros pálpitos. En definitiva, otros ojos. No estabas solo. No eras tú el único en aquel puzle de emociones, en aquel conglomerado de prismas vitales. Eras uno más. Pero no simplemente uno más. Eras la pieza final, la que todo lo encajaba. La que configuraba aquella amalgama de encuentros improvisados y daba sentido total a este milagro del que te hablaba. Un milagro azul con escamas infinitas. Y es que este milagro, sin cualquiera de sus escamas, terminaría por ahogarse en el océano sin fin de la monotonía, la muerte y el vacío. Este milagro, sin ti, sin mí, sin nosotros, no sería nada. Este milagro, el milagro de lo compartido, no sería Semana Santa. No nos tendría a nosotros. No tendría nada. No tendría alma. Porque...

*Abril otra vez nacía.
Ay alma, errante y viajera,
regresando en primavera
para que amanezca el día.
El sol, que ayer se moría,
hoy de nuevo se levanta
y, con su presencia, canta
el nombre y el apellido
de un milagro repetido
llamado "Semana Santa".*

II. Alma común

El alma de la Semana Santa es el milagro de las edades compartidas y, por tanto, de las edades igualadas. Aquí no hay más ley que la del tiempo ni más justicia que la de la luz. Porque vuestra luz es justa y necesaria. Una vez abandonada y seca esa placenta de cuarenta días que nos nutre por y para otros once meses, veo en vuestros ojos de martes la juventud henchida y disparada. Y tras esos ojos, el alma de quien no se conforma y lucha. O debe luchar. Porque, en la Semana Santa, todas las almas no pueden permitirse vagar errantes por el entramado de la ciudad sin mayor propósito que el de la búsqueda del espectáculo, la inconsciencia o la insensibilidad. Porque si hay edad en que nuestro espíritu abre sus brazos invisibles y casi suicidas a la fiesta de los sentidos, ésta es la nuestra. Claro que debemos creer. Y confiar. Y respetar, y ayudar. Pero primero hay que ser sensibles y conscientes.

Fiodor Dostoievski, escritor ruso que ninguna relación tenía con nuestra Semana Santa, empleaba como terapia personal la contemplación de la Madonna de Rafael para no desesperar del ser humano ni de sí mismo. Y en su libro *El idiota* nos legó aquella hermosísima frase que condensa un

mensaje que creo sirve como pretexto para reunirnos aquí esta noche sin apenas habernos percatado. "La belleza salvará al mundo". Fiodor Dostoievski veía en Jesús un sembrador de belleza. No se refiere aquí a las Escrituras puramente dichas, sino a su propia exégesis de las palabras del Redentor. Es decir, no habla del amor al prójimo, sino de todo lo contrario: la belleza nos hace ver en el prójimo a alguien a quien amar. Y yo no puedo sino convocaros a amar lo bello, a amarnos a nosotros mismos. Y cuando lo consigamos, cuando seamos conscientes y sensibles, que nuestras acciones se focalicen principalmente en traspasar la estética, lo superficial, lo palpable. Así vuestra belleza, la belleza de los jóvenes salvará a la Semana Santa, su ética, su religiosidad y, por supuesto, sus valores.

Y todas las almas, que a lo largo de estas páginas irán floreciendo en la plena belleza de la Semana Santa, son tan conocidas y familiares como cada uno de nosotros. Porque las hemos compartido y hemos aprendido de ellas. Claro que todos llevamos dentro una propia Semana Santa, una esquina, una mano a la cintura, un antifaz al rostro, un perfil favorito, una luz y una hora. Pero la Semana Santa necesita ser complementada contigo, conmigo y con todos.

III. Alma infantil

Y, conforme nace la Semana Santa, nazco yo con ella. Yo soy la primera vez. El alma primera. Los ojos recién despiertos, recién abiertos en el embrión caliente de la primavera y de la niñez. Los brazos de mi padre, veleros blancos mecidos únicamente por el viento limpio del amor, han quedado altos y lejanos en el océano de las edades. Pero aún es pronto para la libertad secreta y solitaria del antifaz y sus manos seguirán haciéndome sombra en cada calle y a cada paso. Y durante las horas siguientes, desde que dejemos atrás nuestro patio, en completa ebullición de capirotos blancos, mi padre solo tendrá ojos para mí, para mis gestos, para mi cansancio, para mi inexperiencia. Y mis ojos tan solo buscarán juego y asimetrías en el escudo de mi Hermandad cincelado en la varita estridente; y mis manos encontrarán complicidad en otros niños, en otros amigos, que se acercan y me ayudan, en desbordante y alegre silencio, a combatir el recelo de mi primera penitencia.

Y, ya al regresar, aquellos brazos, aquella mi sangre teñida de verde azulado, volverán a servirme de cuna cuando las altas horas de la mañana envuelvan mi carne sonrosada y tierna, iluminada solamente por el pentagrama de luciérnagas de la candelería de mi Virgen. Mi Virgen y mi amiga. Porque encuentro en ella la confianza primera, los secretos inconfesables de un niño. Y se cerrarán, dichosa y lentamente, mis ojos, en ese bosque que te tiene a ti como raíz, como tronco del que surgen, como una perfecta malla de pensamientos y emociones, todas sus ramas. Y mi cuerpo descansará soñando con la oscuridad de este pulmón verde infinito: los ficus que se te acercan, con las magnolias que hoy reviven, con los jazmines que hoy explotan. Y las bambalinas corresponderán las reverencias vegetales con su compás airoso y vencedor, saludando a cada segundo con su verticalidad imparable y suicida. Como si fueran sonrisas encendidas con flecos azulados por labios. Porque ahora el universo sustenta su luz en este espacio. Y repicarán los campanilleros como si redoblaran las risas de las otras almas nazarenas que, a lo lejos, vuelven a la oscuridad del templo. Y allí, en silencio, en la soledad de su historia, sin aliento y cubriendo todos los espacios, el Dios del abrazo infinito. Un Dios que no pregunta. Solamente resuelve, atiende, escucha, con los ojos

abiertos. Con las manos dispuestas. Destrozado por la cruz. Y aún así, se le escapa la dulzura por los labios. Caminando sin desvío, de frente, a cuestas con el oro apagado de su casa y con el rostro desdibujado por la miel diluida de sus luces. Miradlo. Es Dios hecho carne, hecho hombre. Hecho padre. El Dios de ésta, mi infancia.

*Ya presiento tu alegría:
en el fuego de tu nombre
se están quemando los días.*

*Y otra vez se escapa el tiempo:
mi penitencia infantil
me devuelve este regreso.*

*En cada paso que di
tuve en mi mente tu abrazo
para acordarme de ti.*

*Mi alma se va contigo.
Sigue marcando tu cruz
el trazo de mi destino.*

*La oración son cinco letras;
y Salud rezan mis labios
cada nueva primavera*

Me está latiendo el recuerdo.

*El azul de la inocencia
se desboca por mi pecho.*

La noche avanza, sin horas.

*El sueño me está venciendo
y tu luz se queda sola.*

Candelaria, éste es mi adiós.

*Regresa por los jardines
la infancia que ya pasó*

IV. Alma juvenil

¿Y yo? Yo soy el alma consciente de la infancia perdida y que alguna vez renegó de ella. Porque la infancia es ese periodo vital, humano, en que seleccionamos instantes y pasajes que guardaremos para siempre en algún compartimento de la memoria para después regresarlo al presente, a ese placer que provoca lo imaginado, lo sentido, lo ficticio. Por eso yo prefiero el vértigo de las miradas sostenidas, el arrebató de mi adolescencia callejera, mi belleza castiza y cuidada en las noches claras de mi barrio. Sí, soy también de barrio. Con sus silencios conventuales, con sus voces legendarias, con sus pícaros esquivos, con sus álamos tristes y escasos y la juventud perdida de Rafael Montesinos en la infinidad difusa de Santa Clara. Con los rizos insultantes de Bécquer trazando vendavales de desamor a tus espaldas. Porque hasta tú mismo le vuelves la espalda a Dios. Al destino. Un destino que levanta, altanero, la mano, como quien levanta un muro seco e invisible para tapiar tus labios, para guardar un secreto. Como si fuera el Hijo de Dios y nadie lo quisiera escuchar. Porque en el fondo de esa rigidez tuya, de esa valentía que desafía al injusto con los ojos, hay un manantial de certezas, una balsa de compasión que se mantiene a flote en medio de la tempestad y de las miradas cobardes. Jesús, arrollado por la corriente de la vida, se clava en el agua como un junco inquebrantable hacia la desembocadura del tiempo, del destino, y de la muerte.

Pero yo ahora vuelvo a ti. Una vez que el barco imparabable de Anás ha surcado, como una flecha disparada por el arco de la Gavidia, las calles de mi barrio, me sostengo el corazón con mis manos nerviosas y delatoras. Yo soy el alma de tu primer amor. Tu primera adolescencia. Soy de quien de verdad te enamoraste. Quien se fugó contigo aquella madrugada. ¿No te acuerdas? Trenzábamos bambalinas con las manos y el corazón galopaba por las cañadas de oro fino de tu manto. Aquella calle, tan larga y cansada en los días vacíos, nos cercaba con sus muros rosáceos y monjiles. Y los balcones se estrechaban cada vez más y más, y mi cuerpo se perdía en la danza erótica de tu cintura. Y yo maldecía las macetas, que rozaban con sus hojas muertas y desprendidas las finísimas columnas de los varaes. Maldecía la cal desconchada y gris iluminada por el ramillete alegre de tus

candelabros. Maldecía aquella ladera escarpada de tu candelaría, sumergida en su afán inútil por alcanzarte. Y yo sonreía al verla consumirse en ella misma, en su propia luz irregular y decadente. Y maldecía también sus labios. Aquellos labios masculinos que brillaban buscando tu perfil y tu palabra. Envidiaba aquellos ojos que te encontraban siempre. Pero tú no tenías voz ni mirada para nadie. Estabas tú misma, en ti misma, recién florecida en la vida y perdiéndole el miedo al tiempo. Y mis besos calientes se perdían en el aire buscando abrasarme en tus mejillas, que lucían como panes fermentados en el horno del enamoramiento. Si ya lo dijo Núñez de Herrera, esto, la Semana Santa, es un tema sensual. Semana de pasión. Pasión encendida e impulsiva. Perdí todo, y todo aquella noche lo conseguí. Y recordé a tu vecino ilustre. Por una mirada, un mundo. Por una sonrisa, este cielo. Por un beso... Toda mi Semana Santa, por tu beso.

La Virgen lleva en su frente

la plata de las estrellas

y una luna adolescente.

Sus ojos son dos espadas

apuñalando la brisa

de la turbia madrugada.

Por eso vengo a buscarte

que, como yo te he querido,

no te querrá nunca nadie

*Mi canción de despedida:
la melodía del tiempo
danzando entre bambalinas.*

*Porque no hay ningún reloj
que pueda marcar las horas
que nos quisimos tú y yo.*

*Compases de malla fina:
son péndulos que callaron
noviazgos por la Gavidia.*

*Mi juventud la perdí,
pero en el alma se queda
aquel beso que te di.*

*La herida sigue doliendo:
la de aquel primer amor
que se quedó en San Lorenzo.*

V. Alma natural

Pero la Semana Santa tiene un escenario. Un espacio en el que se representa el desfile de un pueblo reencontrado, un decorado que sirve de apoyo a esta revelación colectiva. La ciudad necesita de mí para ser ella misma en estos días. De mis ciclos, mis caprichos, mis vientos y mis incertidumbres. Todo depende de mis noches, de mis días, de mi luz, de mi atmósfera, de mi cielo recién pintado de ilusiones, de mi adoquinado húmedo por algún aguacero de media tarde.

Yo soy la naturaleza de la Semana Santa. Y soy completamente ingobernable. Y a veces soy yo quien provoca y os devuelve esa espontaneidad tantas veces perdida en la confusión de los términos. Yo huyo de lo programado, mi instinto evita el mito. Rechaza la voluntad de crear un espacio hermético. Hay quien dice que se repite todos los años la misma función. Y es mentira. Mi carácter indómito solo permite que el acto final sea el que se mantenga inalterable. Es decir, el final es el principio: la esperanza en la vida. Ese es el fin único de la Semana Santa. Y vosotros sois el final renovado. El descuento hacia delante. La sístole que estalla y bombea los vasos sanguíneos del tiempo. La diástole que le devuelve al cielo los malvas de sus heridos horizontes. Cada uno con su tonalidad, con su fuerza, con su profundidad. Y mi cielo así comienza a manar despedidas, y sus luces diagonales, como puyas incoloras, destrozan la epidermis de las nubes y vierten en el albero de las horas su sangre celestial ya reseca y maltratada.

Y a esta hora de la tarde es cuando entras tú. Cuando dictas injusticias. Cuando me salpica tu sangre. Cuando echas a volar proclamando el milagro de tus alas blancas. Si la Semana Santa es humana es por ti. Yo solo puedo darle aire, hojas, raíces, lluvias, aromas. Yo solo soy el alma natural de la Semana Santa. Sus animales, sus vegetales. La humanidad la encarnas tú, dándole forma, fe, sentido, carácter. Y una tarde más, la paloma de mis adentros busca los puentes granates de tu historia y cruza, sobre el río y los hierros, el corazón de mi naturaleza. De mi forma de ser. Que no es otra que Tú en tu tarde misma. Y por mucho que yo quiera, ningún huracán ni ningún temblor podrán desviar la lanza acusadora del Prefecto romano, que encara de nuevo su arpón al corazón del inocente.

Carne hecha condena. Y un jurado, su barrio, que consiente la sentencia y la comparte. Porque si no, sus vidas perderían el completo sentido. ¿Y si Pilatos lo salvase? ¡Imposible! ¡Ese sí que sería el más injusto veredicto para el pueblo! Y el reo, consciente, sacrifica su almizclada desnudez y se encamina, de nuevo, al estrado inevitable del tiempo. Y detrás, sombreados por la leche bronceada de la loba y la soledad animal de los dos hermanos, el barrio que espera impaciente el momento en que la soga, crudamente trenzada en las muñecas de Jesús, caiga sobre este tapiz de lirios proclamando una libertad imposible después de dos mil años.

Y cuando se cumpla la sentencia, regresará clavado en dos leños entrecruzados. Y mi alma, mi naturaleza, entregará su luna, sin brillo y sin suerte, sobre el tronco maltrecho de Dios. Y toda esa luz que nos falta, esa luz que huye, se concentra en este arroyo de sangre que abre su caudal calle Oriente abajo. Y en sus aguas pardas, teñidas de granate, beberá la paloma blanca buscando la carne perdida del Hijo. Sin levantar sus párpados de marfil cansado. Con sus ojos vidriosos extrañando aquel vientre que un día albergó vida. Porque los ojos de la Encarnación miran siempre hacia dentro. Hacia sí misma. Esperando. Esperándome. Sin más horizonte que la semilla de la salvación. Con toda una humanidad confiando su fe en sus entrañas. Con la esperanza furtiva de encontrarme. Con veinticinco años de oro en sus cabellos, que nos recuerdan que nada somos en el tiempo. Por ello, en treinta días, cuando de nuevo veáis sobrevolar sus alas limpias por el aire frío de la ciudad, acordaos de mí. De la naturaleza. De la naturaleza del hombre. Que es donde, nada más y nada menos, tiene espacio y tiempo la Semana Santa.

*Yo no sé por qué te juzgan
si toda Sevilla sabe
que tú no tienes la culpa.*

*Se vuelve a tensar el arco
y está temblándole al aire
la injusticia de Pilatos.*

*Vuelan hacia Dios dos flechas
que se clavan en su pecho
sabiendo lo que condenan.*

*Aunque decida entregarte,
el miedo se está asomando
por sus pupilas cobardes.*

*Le duele al sol esta duda,
por eso vierte su luz
sobre tu espalda desnuda*

*Y después de dos mil años
calla el silencio en el agua
para lavar su pecado.*

*No hay nadie a quien presentar:
allí donde vayas tú
te seguirá "la Calzá".*

*Lo sé porque lo he vivido:
eres la estrella de Oriente
del barrio de San Benito.*

*Y su corazón granate
late a tu mismo compás
porque sois la misma carne.*

*Por eso, sin duda, Dios
te quiso así, sevillana
y te llamó Encarnación.*

VI. Alma incomprendida

La Semana Santa es un pozo de contrastes y no descubrimos nada al afirmarlo. Aquí todo tiene una doble vertiente, una doble acepción. Una infinita multiplicación de prismas que revierten en la fiesta total, como ya explicó Isidoro Moreno en un libro ya clásico. Todo es tan heterogéneo que es inabarcable. Pero, por mucho que leo y comprendo y me integro, casi siempre me siento ausente. Distanciado. Extranjero. Casi diría que perseguido. Porque hubo un tiempo que Sevilla era un reflejo de su Semana Santa: convivencia de dos, de tres, de miles de culturas. Y yo era una de aquellas culturas que hoy siguen redoblando sus ecos lastimeros cada Martes Santo.

Porque yo, más allá de ser el alma de una cultura antigua, milenaria y destrozada, soy el alma del incomprendido. De quien ama la Semana Santa sin tener linaje, base, nombre o raíz. La ama porque sí, porque se siente libre a cada paso. Soy el alma del viajero inquieto que regresa por mi puerta sin muralla y envuelve en mi herrumbrosa celosía sus manos agrietadas sin saber qué rezar. Qué pedir. Qué ver en mí. Tan solo viene a mi casa con una maleta auestas sin más equipaje que una oración y una promesa. La de seguir yendo y viniendo. Ese viajero ha encontrado en mí una vía de expresión sin más juez que sus propias emociones. Y la Semana Santa la deciden las emociones. Por eso es universal. Porque la emoción es el lenguaje universal de los pueblos. Y mi juicio, mi emoción, siempre se resuelve en llanto. Un llanto oculto, sereno, silencioso que se diluye por mi también incomprendida piel. Hasta mi piel es distinta a la vuestra. ¿Qué importa si no soy de aquí? ¿Quién se atreve a cercar, con la alambrada de la ignorancia y el rechazo, el sentimiento de los pueblos? Aquí me tenéis, maniatado, agujoneado por la burla. Con el único y verdadero consuelo del que dispone el hombre: el de una madre. A Ella acudo, y acudimos, quienes por falsas imposiciones o cánones ficticios no somos parte de la Semana Santa escrita por el tópico. Aquí sigo, con la tarde despuntando mis lágrimas y con la sangre de mi rostro ensombreciendo los lirios. No, no me duelen las espinas hundidas a fuerza de ira sobre mi frente. Ni el asalto eterno de la burla, ni las palabras sucias de los cobardes. Ni la clámide limpia que me abrasa. Ni el sol que abre sus

hojas de luz en mis llagas. ¿Aún no os dais cuenta? Fui yo quien se entregó a su pasión para devolveros la vida. Fui yo quien cambió la Humanidad. Fui yo, un incomprendido.

*Detrás de aquella ventana
vive el Rey de los Judíos,
que lleva un cetro de caña.*

*Detrás de esa celosía
está encerrado el silencio
de la antigua judería.*

*Los mármoles y los lirios:
alfombras de media tarde
que tapizan el camino.*

*El tiempo, de un salto, esquiva
los azahares de piedra
que tiemblan bajo la ojiva.*

*Con sonrisa socarrona,
los malditos que se burlan
le clavan una corona.*

*Quedan risas en el aire
y, en sus mejillas, las lágrimas
que no se las seca nadie.*

*Quema la luz del viaje.
Lo sé porque son tus pasos
los que sigo cada martes.*

*Lástima del que no entienda
que todo aquel que se acerque
lo quiere Dios a su vera.*

*Solo un camino es correcto:
el que empieza en cualquier parte
y acaba en tus ojos negros.*

*Si te ves desamparado,
acércate a San Esteban,
que está tu Madre esperando.*

VII. Alma artística

Esta noche el arte me supera, aunque yo sea el arte mismo. Porque sin arte la Semana Santa sería un vacío sideral repleto de desfiles triviales e insulsos. Y hay pocos espacios en el planeta donde el arte tenga infinidad de representaciones, visiones y perspectivas. Con mi arte, Sevilla dio imagen e iconografía a un dogma junto a otros defensores como Miguel Cid, Martínez Montañés y Juan de Pineda. Con el arte la ciudad encuentra a Dios. El arte es una vía directa. Ya sea con la gubia del escultor, el cincel del orfebre, la paleta del pintor, la melodía del músico. Todo es arte. Yo mismo alcancé la muerte a través del arte. Y hoy el arte reúne de nuevo mi espíritu y esta alma de la Semana Santa. El alma del arte que se levanta con este regreso del que soy testigo mudo.

De nuevo este eco. Esta música. Este insomnio y esta madrugada. Esos ojos de ceniza que buscan las cenizas mías, que ni yo mismo sé dónde encontrarlas. De nuevo esta plaza que me sepultó en cualquier parte, esta ciudad que derribó los muros de mi descanso. Este nombre que da nombre a una universalidad mal entendida. Mi plaza y mi barrio son las Teresas, el Agua que corre por el callejón, el incomprendido aquel que ya fue condenado. No quiero más tumba que esta noche ni más monumento que el de José Espiau. No necesito más recuerdo que mi figura misma encarada hacia el Alcázar. Ya viene otra vez la cofradía.

No quiero más inscripción que sus ojos buscándome en el aire, ni más flores que las que vienen ya muertas en el repujado y brillante acantilado de sus respiraderos. Ni más lápida que un pentagrama de Tejera labrado con góticas corcheas. Ese es mi epitafio, el silencio crujiendo. Una Alianza con los siglos. No hay pinceles que dibujen estos perfiles, este cuerpo de Giralda maltrecha y apagada. Mi azul inmaculado se ha tintado de sangre y oscuridad y la única luz del estrecho palio mantiene mi espíritu despierto. María ha vuelto sumergida en el dolor de los milenios y las razas. Las banderas del patio duermen quietas y alguien, nadie sabe quién, ha encendido esas seis antorchas, esas seis velas desintegradas en su sangre sacramental. Cristo, despreocupado funambulista, sortea las almenas desgastadas y remonta la pendiente como quien remonta las rápidas aguas del tiempo.

*Va demudado el cielo en su color
y la plata tiritita y se desangra,
abriéndole en canal a esta negrura
un surco de rubíes y escarlatas.*

*Acarician el aire campanillas,
quebrándole a la noche su silencio.
Calla el agua, el esparto, la cancela
y se rebela Dios con su reencuentro.*

*Pueden contarse miles de galaxias
orbitando en la estrella de sus labios;
y, por sus ojos, la palabra justa
que todo un universo está esperando.*

*¡Señor, Misericordia, yo te ruego!
Y tras Él, va María, desmayada.
Sus manos son de un mármol duro y frío
donde un tiempo sin tiempo gira y danza.*

*Somos, Giralda, de humo y de ceniza
esparcida en el aire de tu luz.
Negra mortaja el manto de una Virgen
que me cita esta noche en Santa Cruz.*

VIII. Alma última

Qué lejos queda ya el día. La mañana me parece una ensoñación, un espejismo. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Varios días. Las palomas hace ya mucho que volaron alto y los pétalos que hace horas alfombraban mi puerta y mi silla no son más que fogonazos monocromos en mi memoria. Hace tiempo que se fue. En la calle no hay nadie. Tan solo alguna vecina que, como yo, imposibilitada por los achaques del tiempo, no puede apenas cruzarse de acera. Su mirada, clavada en la mía. Clavada a la mía. Triste, cansada. Sin brillo. Sin vida.

Todas las tiendas del barrio tienen sus cancelas echadas. Los puestos de fruta son estructuras inertes sobre los adoquines y los reposteros de los balcones escupen aún de sus entrañas lágrimas y pétalos que parecían bordados sobre la tela. Los neones de las tiendas más nuevas están apagados y detrás de sus traslúcidos cristales no suena ningún teléfono ni hay prisas ni ajetreo por atender y cumplir el trabajo. Hoy no se trabaja. Hoy se vive. En mi casa, tan solo el olor suspendido de la miel de las torrijas y yo, sobre la enea, con el tiempo posado y clavando sus garras sobre mis hombros. Y la Parroquia, cerrada, con la cancela gris de un cementerio guardando las puertas. Cae de nuevo este maldito día y al fin, a lo lejos, los tambores que redoblan en las paredes secas del corazón. Y, con su redoblar, le recuperan el pulso y le devuelven la vida a las arterias. Como cuando pasaba el tranvía por Héroes de Toledo y todo el barrio temblaba.

La Cruz. De nuevo la cruz. El terciopelo vuelve apagado, tintado con la sangre de la hazaña y regresan, uniformes, los cuerpos del cirio y del vecino, arrastrando los estragos del sol, de aquel fugitivo mediodía. Los pabilos encendidos reflejan su luz minúscula en las pupilas perdidas de los tramos primeros y los niños lanzan sus dedos salpicados de cera a sus habitaciones, a sus casas, trepando la fachada con la mirada y buscando reparo a su cansancio. Son los mismos niños de aquel primer martes, de una descabellada aventura que nos llevó a mí y a mi gente a cruzar aquellas inhóspitas y salvajes avenidas, bien con la capa revoloteando nuestros andares adolescentes, bien contando cada hilo de oro del manto

de la Virgen, como quien deshila los años para tejerse un refugio en la memoria.

Pero hoy son ellos la realidad. Una realidad que tiene tres palabras, que son las que conozco. Y las que sé rezar. La bandera de mi barrio es tu nombre. Tus letras, tu primera vez, tu esfuerzo, nuestro esfuerzo. Nuestra alegría, nuestra verdad. Humildad. Humildad en la cruz, en los ojos, en las manos, en el silencio que te hace hombre, en el mañana que volverá a ser un día cualquiera. Humildad en las cales de la casa, en el pan fermentando en la amanecida, en la cuchara macilenta que se ahoga en el caldo de la sopa, en mi bata de "guatiné" descolorida, Humildad en el colorido y en las voces del mercado, Humildad para volver a casa.

Y en la Humildad callada de la cruz, el mentón clavado en el pecho. Cortando el aire con la mandíbula, abriendo las persianas del enfermo, manando agua del costado. Agua que bebe el incrédulo que ahora cree más que nunca en la divina gesta. Tras de ti, los ojos neblinosos de quien mira el final, que es el final de todos, incluido el mío. Mi final. La Cruz, el cielo que me tienes prometido aquí en el Cerro. Porque yo soy el alma final, el alma postrera que, inevitablemente, descuenta de su calendario particular el que quizás sea el último Martes Santo de su vida.

*Yo no sé por qué será
que no me consuela nadie
si no te encuentro, al llegar.*

*Toma mi vida. Despacio
la luz de mi día a día
va dormida entre tus manos.*

*Ven, y cúrame esta herida
la de saberte tan lejos
de mi casa y de mi vida.*

*Sé que solo fue una tarde,
pero ese tiempo perdido
me vi huérfana de madre.*

*Aunque me fallen las fuerzas,
sé que puedo prometerte
volver mañana a tu puerta.*

*Mas, si ves que no aparezco,
no te preocupes por mí
que estaré yendo a tu encuentro.*

*Murmurando entre mis labios
la eternidad de tu historia
en la verdad de este barrio.*

*Pues mi vida va en tu nombre
y el cielo espera en tus ojos,
ay, Virgen de los Dolores.*

IX. Alma dormida

Y cerraron sus ojos, que nunca estuvieron abiertos. Siempre cerrados. Nunca muertos. La memoria se levanta en siseos de zapatillas y el tiempo ya no pasa. No fluye, no exige, no repara. Simplemente se detiene y descansa a la luz caliente de la tarde que abre en el costado llagas invisibles y cristalinas. Los cabellos delicados se elevan, etéreos y perfectos, en el aire, como un divino cortinaje tras el que aparece, fino y templado, el perfil de Dios. El perfil de un hombre bueno. El perfil que creemos y queremos en la altitud, ahora alcanzable, de su reino. Un reino que, dicen, no tendrá fin. ¿A quién veo ahora entonces, quebrado de lirios y roto en silencios? ¿Quién eres Tú, a esta hora en la que el sol hunde todo su nombre en la pradera infinita de tu espalda? ¿Qué puedo esperar de ti, sino el verdadero medio y fin de mis dudas y tormentos? ¿Qué puedo exigirte más allá de un portón con cuatro alfiles de cera esperando a que te sepa y te comprenda? Solo tengo tus manos. Pobres, con la palma abierta y los dedos acariciando sin quererlo el clavo ardiente de la espera. Una espera que me cumples cada año. Solo tengo tus sombras resbalando en la cintura, descansando en los pliegues de tu humanidad dormida. Solo tu Cruz cortando las piedras, las murallas, los aceites. Solo tu Cruz con las aspas imperfectas arrancando a cada siglo la razón porque vivimos. Solo tus piernas, triángulo perfecto en el mar de la ausencia. Tus piernas, como un velero recostado en la brisa plácida del horizonte. Solo tu entrecejo arqueado por la extrañeza, como si en él se adivinara una infeliz pesadilla. Como si de verdad nada hubiera sucedido. Un entrecejo que grita, ¿por qué yo? ¿Por qué a mí? Solo el pozo gris que forman tus labios aún calientes. Solo tus ojos dormidos. Solo, venciendo a la muerte. Porque en ti la muerte ha muerto. En ti la muerte ya ha pasado. En ti la muerte no ha existido, Señor. Estás aún soñando con la muerte. Y nosotros, al verte, soñamos también con ella. Porque queremos morir tu muerte. Hoy de nuevo tan cerca.

Y al verte, la Angustia. La Angustia no puede adjetivarse, ni mucho menos nombrarse. Simplemente se conoce y se padece. Y nosotros, Señor, tan jóvenes aún, sentimos su filo dulce en la garganta y su hoja nos deja en el paladar la acidez de un doloroso placer. El placer de seguirte, de quererte,

de cuidarte. De confiar en tu sueño sin muerte. La Angustia son estas lágrimas sin más explicación que tu presencia, tan poderosa y tan viva, en este planeta lanzado a la vorágine y al descontrol. Y es, por supuesto, hermosa. Es un fogonazo brutal, es mármol maduro en la cantera de las estrellas. Es un trazo de azucenas encaladas por el sol de San Fernando. Un sol abierto, valiente, destructor. ¿Por qué tú? ¿Por qué la Angustia de tus ojos encarados al espíritu de nuestra fe? Al igual que él, ¿qué buscas en mí, en nosotros? La libertad de sus brazos. Su pasión bien acabada. No es mi Angustia la muerte, Señor. Es mi Angustia el no aprender tu muerte.

*La brisa se resiente de tu ausencia
y el aire no aletea en tu costado.
El cuchillo del viento está afilado
y clava en el sudario su impotencia.*

*En tus labios, se mece la inocencia
y el color de los lirios se ha apagado.
En el madero, triste y astillado,
la luz cabalga a lomos de la urgencia.*

*Pero miro tu intacta cabellera
y el lívido jardín del pecho inerte
donde florece abril por primavera.*

*¡Ay, Maestro, reniego de mi suerte!
Lección de amor: vivir a tu manera
para alcanzar así tu Buena Muerte.*

X. Todas las almas

En estas almas somos todos y seremos todos alguna vez. Es el espejo final, inequívoco, del tiempo inmediato. Almas, solo almas. Efímeras, volátiles, vitales para que todo sea. Y todas ellas tienen en común el fruto dulce de la espera. Hoy os miro en el corazón de noviembre, tan lejos abril, y empiezan a despuntar en vuestros ojos distintos y fugaces las chispas de una nueva ilusión. La ilusión del trabajo, del esfuerzo, del compromiso, de la honra. Merece la pena la espera, ya lo creo. Merece la pena ser y esperar a Jesús. Habrá tiempo para evolucionar, pensar y convertirnos. Nosotros solo debemos seguir el camino del ahora. Del todo a un tiempo. Del todo a un Hombre. Un Hombre que también espera, nos espera. Espera nuestras voces, nuestras revoluciones, nuestras rebeldías. Porque la Semana Santa necesita rebeldía y reivindicación. Y respeto. Y valores. Sus valores.

Señor, no sé si he sido digno, pero una vez encarnadas todas las almas en tu divina figura, me atrevo de nuevo a asomarme a la verja que realmente nada separa. Porque eres tan humano como yo, tan joven como nosotros, a pesar de los duros surcos de campos cobrizos que atraviesan tus pieles cuarteadas. En ellas el tiempo ha ido trazando con su látigo imperturbable la certeza de tu divinidad, sin más atributo que tus sienas cercadas por vigorosas espinas. Abrazado a estos hierros todo se me concentra en ti. Los siglos parecen deslizarse lenta y cálidamente por la ladera destensada de tu pecho. El fuego de tu aire ausente despierta y alimenta el espíritu de nuestra fe. Tus labios abiertos gritan al silencio de las horas y se abre en tu garganta el abismo de la muerte. El abismo de todas estas almas que despiertan cada día de la Semana, cada Martes Santo. Tú las concentras todas. Las envuelves, las aceptas, las consagras al cielo de una ciudad única en su imperfección y en su Gracia.

Porque el color de la ciudad es el color de la Gracia. La Gracia es de un azul rojizo. Seis letras que lo condensan todo. Nuestra personalidad, nuestra viveza, nuestra alegría por sentirnos raíces y frutos de esta tierra. La Gracia son esos párpados de luz infantil levemente entrecerrados, arrebatándole al aire sus propios suspiros al cruzarse por la Cruz Verde. La Gracia es la mano amiga que abraza y acaricia el desfiladero del dorso.

Quién pudiera siquiera asomarse y sentir en la palma de su mano el estallido de la primavera. Ese nombre tuyo son los zafiros recién pulidos que iluminan dos perfiles. Es el entrecejo desigual que da sombra al rocío de tu llanto. La Gracia son esos labios que susurran un ven. Un acércate a mi apellido. Una llamada a ser nosotros mismos. Y esos labios... Son noviembre, son abril, son el beso que nosotros hoy le devolvemos. Son las palabras que callamos. Los labios de la Virgen son ese horizonte siempre sonrosado y abierto al día. Para nosotros, Ella es la Gracia hecha mujer. Para Ella... Nosotros somos el fin de su virtud. Amparo a las almas nuestras, jóvenes, hijas de su luz y de su tiempo. ¿Qué más podemos pedirle? La Virgen es la Gracia y el Amparo de la Semana Santa.

*Más milagros ya no espero
que tu cruz, que es la respuesta.*

*La ciudad ya está dispuesta
a encaramarse al madero.*

*Y, si todo es pasajero,
no hay lugar para el olvido,
pues triunfa lo vivido
que es lo verdadero y cierto.*

*En ti el alma ha descubierto
su razón y su sentido.*

*Y el alma se postra y reza
como un nuevo penitente
Y en tus ojos, dulcemente,
va naciendo la belleza.
Ya es tarde. Se despereza
el tiempo cuando regreso.
No soy nadie, lo confieso,
para venir a cantarte.
Solo me queda por darte
estas palabras. Y un beso.*